

VICTORIA EN EL CALABOZO

Por **LAWRENCE MAXWELL**

EL CALABOZO era oscuro.

Unos rayos de luz se filtraban apenas por la ventana que había cerca del techo, atravesada por gruesos barrotes, tan alta que el preso, aun cuando se estirara todo lo que podía, no lograría alcanzarla. Pero de todas maneras él no sabía nada de la ventana ni de la luz. La luz y las tinieblas eran lo mismo para él, porque era ciego. Y estaba desanimado. Y lo peor era que se encontraba allí por su propia culpa. Por culpa suya había perdido la vista. A menudo repasaba su vida. Había poseído un talento extraordinario, gracias al cual siempre ganaba en la pelea. ¿Cómo pues había llegado a la cárcel?



Eso había ocurrido hacía unos veinte años. Un día, sintiéndose muy seguro de sí mismo, permitió que sus amigos lo ataran con sogas. Estos lo entregaron luego a sus enemigos. Recordó que sus amigos lo habían abandonado a merced de sus enemigos. ¡Qué amigos eran éstos! Al verlo, sus enemigos se abalanzaron contra él, con alaridos de triunfo. Eran miles contra uno.

Pero en ese momento, movido por una fuerza extraordinaria, rompió de un tirón las sogas que lo aprisionaban y tomando la quijada de un asno de una osamenta que encontró, corrió a encontrarse con sus enemigos, y antes de que éstos se dieran cuenta de lo que estaba ocurriendo, mató a mil de ellos. ¡Ese día ganó la pelea! Y la había ganado también en otra oportunidad cuando los enemigos se sentían muy seguros de que lo tenían en su poder. Porque él había entrado nada menos que en una de sus ciudades principales para pasar la noche, y cuando estaba adentro, los filisteos cerraron la puerta de la ciudad para que no pudiera escaparse. Pero él, tomando la enorme puerta la arrancó con sus postes y la llevó hasta la cima de una colina y luego se escapó.

En esos días sus enemigos no podían hacerle daño, aun cuando lo intentaran por todos los medios, porque él siempre ganaba.

No obstante aquí estaba, atrapado, encadenado, en un calabozo. Y eso lo lograron finalmente sólo dos o tres hombres. Entraron en su casa y lo capturaron. Luego le sacaron los ojos... Pero ellos no podrían haberlo hecho si. .. Ese si era lo que hacía más difícil de soportar la tragedia que vivía. Si yo no hubiera pecado. Sansón se repitió vez tras vez esas palabras. Dios me concedió una fuerza extraordinaria, como la que ningún hombre tuvo jamás. El quería que la usara para su gloria, pero yo la usé para la mía... para matar a los que me molestaban, para cazar zorras y atarles a la cola teas encendidas. ¡Qué necio fui! 's medida que corrían los interminables días, acudieron también a la mente de Sansón otros pensamientos. Recordó que el padre solía leerle' acerca del día cuando Dios le habló a Moisés. "¡Jehová! ¡Jehová! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordias a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado". ¿Lo perdonaría Dios? ¿Le ayudaría a vencer su egoísmo y su mal genio, esos hábitos que lo habían debilitado tanto? ¡Sí! ¡Dios le había dicho a Moisés que lo haría! Levantando sus ojos ciegos Sansón miró al cielo, y en su mente vio al Señor dispuesto a perdonarlo, a ayudarlo, a vencer su egoísmo y su mal genio. Sansón oró para obtener perdón y vencer, y creyó que Dios cumpliría su promesa.

Unas pocas semanas después Sansón derribó los pilares del templo y mató tres mil filisteos de una sola vez.

Muchas personas creen que esa fue la mayor victoria que logró Sansón. Pero su mayor victoria fue la que obtuvo en el calabozo, cuando venció sus malos hábitos y creyó que Dios le perdonaba sus pecados.

Y si tú has pecado, Dios también está dispuesto a perdonarte, no importa cuán malos hayan sido tus pecados. Y él también te dará la victoria sobre tus malos hábitos, no importa cuán detestables hayan sido. Pero no lo obligues a permitir que te echen en un calabozo para escucharlo.